

EL CHICO QUE VEÍA GALAXIAS de Zhyl Black

—Tienes que desvestirte, Samuel —me informó un señor que solo podría tratarse de una pequeña estrella a punto de apagarse. A pesar de estar sonriendo, sus ojos me transmitieron impaciencia y malestar. ¿Le estaría molestando? Pero si no había hecho nada. Lo único que quería era volver a casa, donde una gran nebulosa me esperaba.

—¿Dónde está mamá? Quiero que me lleve a casa.

—Se ha tenido que ir, pequeño. Por un tiempo, nosotros te cuidaremos.

No me convenció mucho, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Descrucé los brazos para que pudiera quitarme la camiseta llena de estrellas que papá me había regalado antes de morir. Él sí me entendía. No me llevaba a lugares como aquel donde decían que podría tener una vida normal si me daban esos pequeños meteoritos. ¿Desde cuándo los meteoritos ayudaban? Lo único que hacen es destruir lo que tocan, como les pasó a los dinosaurios. En aquel lugar los adultos iban con batas blancas y casi todos llevaban una especie de colgante que se ponían en las orejas para escuchar el interior de cada uno de nosotros. Eso es lo que decían, pero no podía creerlo. Me recordaba al chisme que usaba mamá para hablar con las tías cuando estaban a kilómetros de distancia. Cuando me vestí con un pijama del color del océano, entró una señora con una pulsera y me la puso alrededor de la muñeca.

—No puedes quitártela, ¿de acuerdo? —dijo con una sonrisa que, a diferencia del hombre, sí le llegaba a los ojos. Lo único que hice fue asentir—. Ahora te voy a acompañar a tu habitación.

—¿Me van a encerrar? —quise saber. Nada más decirlo, me di cuenta de que la sorpresa inundaba la mirada de aquella mujer tan dulce. ¿Habría dicho algo que no debería?—. Mamá dijo que... —empecé, pero no supe cómo seguir. La había escuchado hablar con una de sus hermanas sobre mí. Utilizaban palabras muy extrañas que nunca había oído: alucinaciones, delirios y fantasías. Era cierto que había escuchado a papá y a mamá hablar en una ocasión, donde él decía que eran fantasías propias de la edad, pero no sabía muy bien a qué se refería.

—Samuel, no vamos a encerrarte en ningún lugar —explicó la señora. Al mirarla de nuevo, me di cuenta de que, en sus ojos, residía un planeta lleno de bondad, calma y amor. Asentí con la cabeza y le di la mano. Juntos salimos de la habitación y fuimos por los pasillos hasta llegar a una puerta blindada. Un escalofrío me recorrió la columna.

—¿¡Me dijiste que no me ibas a encerrar!?! —chillé mientras sentía que mis pulmones dejaban de funcionar. Intenté que aquel planeta me soltara la mano, pero era mucho más fuerte que yo, una simple estrella que quería brillar, pero que no le dejaban.

—No vamos a encerrarte. Podrás salir siempre que quieras —me mentía. Lo sabía. Su mirada ya no me transmitía ni calma, ni bondad, había ¿arrepentimiento? Me daba igual. Solo quería volver a casa con mamá, donde estaba a salvo.

—¡NO! ¡POR FAVOR! ¡NO! —imploré mientras la puerta empezaba a abrirse. Era una cárcel. En el colegio hablaban a las espaldas de mí. Creían que no los oía, pero sí lo hacía. «Está chalado». «Al final lo encerrarán por las cosas que dice». «No te acerques a él, es peligroso».

Un señor con un traje verde oliva salió del otro lado. A pesar de las lágrimas, pude ver cómo se acercaba a mí, con preocupación en el rostro, y me clavaba una aguja en el brazo. Seguro contenía polvo cósmico. Querían que mi cabeza dejara de funcionar.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que el polvo había colapsado mi cerebro. Estaba tumbado en una cama con unas cuerdas alrededor de mis muñecas que, con toda seguridad, estaban hechas de materia oscura. Tenía que escapar de aquel lugar tan peligroso. Podría aparecer un agujero negro en cualquier momento y eso no era nada bueno. A pesar de que el polvo que me habían suministrado había apagado mis poderes cósmicos, con una mirada moldeé la materia oscura para que las cuerdas desaparecieran. Y así fue.

Nada más tocar el suelo, una corriente helada me inundó los talones. Era peor que caminar entre los gases galácticos. La habitación en la que me habían encerrado tenía las paredes acolchadas, como si estuvieran cubiertas con las almohadas que atacaron a papá, robándole la vida. Empecé a sentir que me faltaba el aire, pero tenía que ser fuerte. Por él. Por mí. Por la nebulosa que me esperaba en casa. Toqueteé la superficie, buscando el punto débil y, cuando lo encontré, sumergí en él la mano y, con la fuerza que me daban las estrellas, conseguí salir de aquel lugar.

A lo lejos se escuchaban voces, seguramente de esos cuerpos cósmicos que apenas tenían luz, como el hombre que me metió en aquel lugar. Aunque no podía fiarme de nadie, ya que la señora parecía un extraordinario planeta y solo terminó siendo como Plutón. Una escoria más. Caminé por los pasillos con el corazón en un puño hasta que llegué a una habitación con un cartel que ponía «Sala de juegos». ¿Qué sería aquello? Intenté asomar la cabeza, pero una fuerza cósmica me lo impidió. De un momento a otro, dejé de poder respirar y mis ojos dejaron de ver el mundo real. Sabía que esa fuerza me estaba llevando a un lugar peligroso, pero, aún así, no pude gritar ni defenderme de ninguna manera. El universo me había encontrado.

—Shhh —la tristeza en sí misma me dio la vuelta e instó a que me callara. Delante de mí tenía a una estrella que apenas brillaba, pero que tenía las facultades necesarias para poder hacerlo—. ¡No entres ahí! Es peligroso —me susurró con una voz que parecía inhumana.

—¡La peligrosa eres tú! ¡Dime! ¿Qué has usado para anular mis poderes?

—¿Cómo?

—Lo que has oído, estrella que quiere brillar —me crucé de brazos, esperando una respuesta.

—Eh... creo que te has confundido, niño. Me llamo Olivia —respondió aquel monstruito que me miraba como si estuviera loco.

—Serás... —exclamé, levantando la mano para intentar protegerme.

—Pero... ¿qué haces?—Me protejo de ti —expliqué sin mirarla. Aunque quizá su poder se transmitiera por la voz, pero yo no podía dejar de escucharla para protegerme de ello.

—Te estás confundiendo de enemigo.

—¿Cómo? —Sabía que no debía hacerlo, pero no pude evitarlo: bajé la mano y la miré a los ojos. Sus ojos, a pesar de transmitir tristeza, contenían una galaxia entera. Me maravillé al ver miles de estrellas dentro de ellos, todas teñidas del azul del océano.

—Aquí se está cociendo algo gordo —me informó—. Eres nuevo, ¿verdad?

Simplemente asentí para que viera que la estaba entendiendo, aunque no podía dejar de pensar las millones de nebulosas que debía encerrar en su mundo.

—Gab querrá conocerte.

—¿Quién?

—Esta noche a las ocho en este lugar. En media hora te van a dar...

—Sí, ya sé. El polvo cósmico.

Olivia frunció el ceño, pero asintió, como si en su cabeza las piezas se hubieran encajado. Desapareció por el pasillo como si nunca hubiera existido y, de repente, pude pensar con claridad. Pensé que todo había sido un sueño, así que me golpeé la cara, pero no desperté, simplemente un dolor atroz me invadió la mejilla. Con lágrimas en los ojos volví a mi habitación, donde palpé la superficie, entré y me tumbé en la cama, colocándome de nuevo las cuerdas de materia oscura. Como predijo esa maravillosa galaxia, Plutón apareció con una jeringuilla de polvo, creyendo que me haría algún efecto.

Había soñado con galaxias repletas de vida y amor, unas que ni en casa existían. Papá nunca me había hablado de algo así. Galaxias que podían hacer que tu mundo estuviera patas arriba. Eso era lo que sentía cada vez que pensaba en los ojos de Olivia. Eran las ocho menos diez y, aunque tenía miedo —sin duda, producto del polvo cósmico—, me levanté y salí de la habitación usando el mismo método que por la mañana.

Cuando llegué al lugar en el que había conocido a Olivia, encontré una pintada escrita con polvos de estrella. Decía: «Soy brillante pero no soy inteligente. Me quemo pero no soy una hoguera. Parezco que soy una celebridad pero no soy famosa. Brillo pero no soy ni un ojo». Sonreí. La respuesta era demasiado sencilla, pero solo yo podría haber respondido. Querían asegurarse de que no los había delatado. Impregné mi dedo de polvo de estrellas y, para responder al acertijo, dibujé una estrella en el aire.

—Correcto —escuche una voz al otro lado de la pared.

En aquel momento, un agujero se abrió y me tragó. Viajé por el mismísimo espacio. Todo se veía negro y la gravedad dejó de existir. Sentía cómo podía elegir mi propio camino y cómo miles de estrellas brillaban a mi alrededor. No podía creer lo que estaba viendo. Aquello eratodo con lo que siempre había soñado. A unos metros divisé una explosión de colores que me llamó la atención. Me dirigí hacia allí sin pensarlo dos veces.

El color que predominaba era el magenta, aunque había pequeños tintes de azul océano que me recordaban a la paz, a la calma y al amor. En los bordes también encontré un poco de amarillo medallón, pero no me transmitieron gran cosa. Era como si quisiera brillar, pero

algo se lo impidiera. Me acordé, sin entenderlo muy bien, del azul océano que había visto en la galaxia de Olivia. Cuando llegué, miles de estrellas me dieron la bienvenida.

—¡Es él! ¡Sabía que vendría! —escuché una voz debilitada, aunque no sabía su procedencia. Era como si el sonido saliera de todos los lugares y, a la vez, de ninguno.

En cuestión de segundos, el espacio se partió en dos y caí de culo en una habitación cuyo color nunca antes había visto. Era una mezcla del amarillo medallón, el magenta y el azul océano que había visto en el espacio. Estaba seguro de que acababa de entrar a una galaxia. Se lo contaría a mamá cuando volviera a por mí. ¡Yo tenía razón y no eran fantasías como ella decía! Con tal alegría que no cabía dentro de todo mi cuerpo, me levanté e inspeccioné la habitación. No había nada interesante: una mesa con forma de estrella, una silla planetaria y, en el aire, polvo estelar.

—Alucinante —susurré.

—Ya ves. Así es el universo —una voz seductora salió de la pared al mismo tiempo que una figura se materializaba a escasos metros de la silla. Era una niña con los ojos color magenta. En cuestión de segundos, se materializaron dos niños más: una de ellos era Olivia, la chica que había conocido en el pasillo.

—Samuel —me llamó una voz ronca desconocida, pero no le hice caso. No podía. Solo miraba la galaxia que encerraba los ojos de Olivia. Ninguna otra me había hecho sentir tantas cosas a la vez. Unas lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas.

—¡No llores! ¡Todo está bien! ¡Vamos a sacarte de aquí! —Sentí una suave mano sobre mi mejilla, que me limpiaba el agua salada. Su tacto fue cuidadoso y amoroso, como cuando mamá me miraba desde la rendija de la puerta, esperando que estuviera sano y salvo.

Con todas mis fuerzas, dejé de mirar a Olivia y me fijé en el resplandor, un poco apagado, de el único niño al que todavía no había observado. Sus ojos eran de un color amarillo medallón. Eran los tres colores que me habían cautivado en la explosión de color del espacio.

—¿Estás mejor? —Me preguntó la niña que se había acercado a consolarme. ¿Por qué no lo había hecho Olivia? Una oleada de decepción me recorrió todas las venas de mi diminuto cuerpo.

—Sí —respondí, cortante—. Gracias. ¿Qué es esto?

—Un sitio al que los enemigos no pueden llegar —me respondió con una sonrisa—. Soy Maya y aquel —señaló con la barbilla al chico que intentaba brillar— es Gabriel.

—¿Gabriel? —Miré a Olivia—. ¿Este es Gab, el que quería conocerme? Pues no lo veo muy por la labor —me crucé de brazos, apartándome de Maya.

—Olivia —habló Gabriel—, no hay tiempo para esto. Tenemos que huir hoy mismo.—¿Huir?
—Quise saber.

—Lo sé. Se le veía tan perdido... Él también puede brillar como nosotros.

—Nosotros no podemos brillar —una ráfaga de consternación cruzó los ojos de Maya.

—Podréis, confío en ello.

—Nosotros no somos como tú, Olivia.

Observé con detenimiento a Gabriel y a Maya. Me recordaban al espacio, pero no como Olivia. Ellos tenían un brillo especial, pero no era propio de una estrella, no. Pensé con ahínco a qué me recordaban hasta que caí en algo que una vez dijo mamá: «hay personas que no han nacido para brillar, sino para hacer brillar a otras». En aquel momento, me habló del sol, una estrella que hacía brillar a la luna, el satélite del planeta en el que vivíamos. Pero ellos no eran ningún tipo de estrella. Eran como dos grandes nubes de gas, gracias a las cuales podían nacer nuevas estrellas relucientes y espectaculares. Pensé que eran una especie de semilla que podía hacer que el mundo brillara y cambiara, como cuando una oruga se transformaba en una hermosa mariposa. Una sensación de aplomo me invadió el cuerpo. Entendía a la perfección el malestar de Gabriel. Ellos estaban allí para hacer brillar a Olivia y yo me había entrometido.

—¿Vais a salir de aquí? —Pregunté después de ocurrírseme una idea. Olivia asintió, sin dejar de mirar a sus nubes de gas—. Solo quiero ir a mi galaxia con mis planetas —pensé en mamá, quien estaría preocupada por mí—. No os molestaré una vez que salgamos, de verdad.

Vi la duda en el rostro de Gabriel, pero sabía tan bien como yo que, por una razón que desconocía, no me iban a dejar allí desamparado. El niño resopló y asintió, con un poco de resignación. Olivia sonrió y fue a abrazar a Gabriel. Una oleada de mariposas venenosas me invadieron el estómago. Por unos segundos, odié a aquel niño.

—¡Chicos! —gritó ilusionada Maya. Cuando me giré, me di cuenta de que era ella la que tenía lágrimas en los ojos. Por acto reflejo, se las limpié, como había hecho ella conmigo—. Oh... —exhaló sorprendida—, gracias —y sonrió.

—¡Vamos! —mandó Gabriel—, no hay tiempo. Olivia y tú —me señaló con apatía— iréis delante. No hay tiempo. Oli, abre el portal para volver a Tierra.

—Sí —respondió con energía mientras abría el portal que me había tragado al llegar al pasillo.

—Así que... habías sido tú... Es fascinante —la halagué.

—G-gracias —me respondió ella con las mejillas sonrojadas.

Pasamos por la explosión de colores, pero no los veía, se movían por el espacio como si fueran invisibles. Divisé una pequeña luz azul océano. Era Olivia, con total seguridad. De repente, algo nos rodeó a ambos: era una nube de gas de color magenta y amarillo medallón. ¡Eran Gabriel y Maya! El gozo no cabía en mi cuerpo. Juntos atravesamos el espacio y llegamos a la cárcel estelar en la que me habían metido. Allí estaba la señora Plutón y el hombre que jamás llegaría a brillar como Olivia, aunque lo intentara. Seguramente le estaría quitando su poder estelar. Ambos nos miraban con cara de pocos amigos. Estábamos en serios problemas.

—¡Mireia! ¡Ahí está! ¡Cógelo! —gritó el hombre.

—V-voy —respondió Mireia, quien, en realidad, era Plutón. Pude vislumbrar dolor en su mirada, como si sintiera pesar por algo.

—¡May! ¡Gab! ¡Hay que proteger a Samuel!

Ambas nubes de gas se cernieron sobre el planeta, pero sus poderes no le afectaron en nada. Así, Olivia me cogió de la mano y juntos huímos del polvo cósmico. Una sacudida de terror me obstruyó la garganta. No lograría encontrarme con mamá. Jamás sabría nada

sobre la nueva galaxia que había encontrado. No sabría nada sobre Olivia. Olivia... ella sí podía huir. En el momento en el que lo entendí, me solté de su agarre. Ella, con la mirada llena de pavor, se giró con violencia.

—¡Vete! —Le chillé—. ¡Tú sí puedes huir! —Con un gran pesar en mi corazón, vi cómo la galaxia más preciosa del universo se desvanecía mientras una aguja llena de polvo cósmico se hundía en mi piel, haciéndome olvidarla para siempre.

No recordaba nada. Rodrigo, mi psiquiatra, había dicho a mamá que el tratamiento que me darían para tener una vida normal iba a ser duro. Eso era lo último que recordaba. Pero no ha habido ningún tratamiento. Simplemente, me hicieron dormir y, cuando me desperté, me encontraba en la cama de un hospital con la mano de mamá sobre mi brazo.

—¿Mamá? —Un hilo de voz salió de mi garganta.

Mamá se sobresaltó y me miró. Tenía los ojos hinchados, como si hubiera estado llorando durante horas. Sin embargo, cuando me miró, una sonrisa se formó en el rostro más hermoso que había visto nunca. Como siempre, sus ojos color magenta me miraban como si fuera el bien máspreciado de todo el universo.

—Samu... Por fin has despertado.

—Mamá, ¿qué ha pasa...?

—Shh... —me acarició el cabello—. Ya todo ha terminado.

—¿Vamos a casa?

—Vamos a casa. El universo nos espera —no entendí muy bien a que se refería mamá, pero sonreía y eso era lo único que importaba. Así, después de unos días, volvimos al lugar donde las estrellas brillaban de verdad.